

(Viene de página 9) bailar y divertirnos con juegos propios de la edad juvenil, se presentó una noche en nuestra casa, rodeado de todo el imponente aparato de bedeles y criados, y después de habernos increpado de la manera mas dura y despiadada y tomar nota de nuestros nombres, nos citó á la rectoral para el día siguiente á fin de llenarnos de improperios. Yo no sé lo que sucedería en el ánimo de mis compañeros, de mí sé decir que me causó una dolorosa impresión, que me duró mucho tiempo, porque examinando mi conciencia no veía que aquella falta, si tal puede llamarse, mereciera tan severo castigo. Llegó el año 1827, y no queriéndome abandonar mis padres en el inmenso piélagó de peligros que rodea á los jóvenes en la edad de las pasiones, cuando estas no tienen el freno de la autoridad paternal, trasladaron, en octubre de aquel año, su residencia á Valladolid, en cuya universidad debía seguir la carrera de leyes, para que, siendo abogado, decía mi padre, supiera defender por mí mismo los bienes que como hijo único debía heredar á su fallecimiento. En 1832 recibí el grado de bachiller en leyes, *nemine discrepante*. Mi afición á leer de que hablé al principio había tomado entonces colosales proporciones y sacrificando muchas veces otros gustos y placeres, invertía en libros y suscripciones cuantos recursos pecuniarios podía allegar. El centro de mis delicias eran las librerías; allí, como en mi propio y natural elemento disfrutaba mi alma inefables goces, y palpitaba mi corazón de pura alegría al ver por todas partes los ídolos de mi cariño, los libros: y cuando llevaba á mi casa alguno de ellos para devorar, mas bien que leer, su contenido, de seguro se revelaba en mi semblante el contento y la satisfacción.

Hasta muchos años después de aquella época no había comprendido yo bien la tendencia de mi afición á los libros: me agradaban todos, y casi con igual interés leía una novela como una obra de historia natural ó de medicina, mi gusto era enciclopédico; había nacido indudablemente para ser bibliógrafo; pero la bibliografía no era una carrera con la que se adquiere lucro ó reputación, ni apenas era reconocido tan modesto nombre, y fue preciso continuar la que como hijo obediente había emprendido por mandato de mi padre. Me recibí de abogado en la audiencia de Madrid, donde vivía con mi madre, viuda en 1836.

Nuestra nación pasaba entonces por una de esas crisis cuyas sangrientas huellas no se borrarán jamás de la memoria de los vivientes y que, trastornándolo todo, ponían en peligro hasta los elementos constitutivos de su existencia. Dos partidos numerosos se disputaban el triunfo de las ideas que cada cual representaba, y no había medio de mostrarse indiferente en lucha tan general; yo, instintivamente, sin cálculo, sin miras interesadas, sin otro criterio que el de nada de mi conciencia, y sin hacer profesión de hombre político ni valiente soldado, me incliné allí donde creía que estaba la razón y la justicia, el progreso de las ideas y la felicidad de España.

Tomada mi resolución de no hacer uso del título que acababa de conferírseme, le guardé en mi papelería, y casi puedo decir también que le olvidé. Había llegado el caso de dar rienda suelta á mis inclinaciones favoritas y escogité el medio de contentarlas; pero no habiendo una carrera de bibliografía, ni maestros que la enseñaran, ni apenas libros, especialmente modernos por donde aprenderla, era preciso acudir á la práctica, á la rutina. Nueva dificultad: yo no era librero ni de familia de librerías, ni estaba en situación de empezar por ser dependiente de una casa de librería, ni tenía quien me ofreciese un destino en alguna biblioteca pública, ni genio para solicitarle. ¿Cómo salir de este conflicto y dar pábulo á mi afición? Poder es querer, se dice comúnmente. Yo quise ser bibliógrafo, y á fuerza de años y trabajo, sin

reparar en dificultades é inconvenientes, despreciando los desdenes que recibo de los ignorantes que se tienen por sabios y de los sabios que se tienen por bibliógrafos, sin cejar un punto de mi propósito, sin decaer mi constancia un solo día, no cuidándome de que otros que saben mil veces menos que yo, aunque tienen elementos y obligación de saber mucho mas, se dan grande importancia y saben sacar no pequeños emolumentos, con laboriosidad, tesón y diligencia he podido ser bibliógrafo.

Seguía por aquel tiempo en Madrid la carrera de ingeniero un joven, amigo mío y aficionado á libros. Con recursos él y yo nos propusimos comprar las bibliotecas particulares que se presentaran á la venta, y así lo anunciamos en el *Diario de Avisos*; en mi amigo dominaba la idea de la ganancia que pudiéramos obtener en la especulación, yo lo consideraba como mi aprendizaje en bibliografía. A los pocos días se presentó la primera ocasión, y adquirimos por ocho mil reales la biblioteca del conde de Salazar que habían heredado unos sobrinos suyos, pero que no tenían la afición de su tío. Aquel primer ensayo nos salió bien.

En mayo de 1839 fui á Medina con ánimo de realizar todos los bienes que en aquel pueblo y otros de la comarca poseía: me acordaba de las persecuciones que mi padre había sufrido allí, una vez por sus opiniones liberales, y otras por la voracidad y rapiña de los mandarines que dominaban el pueblo, y que á todo trance querían apoderarse de su hacienda. Aleccionado con ejemplo tan reciente, no quise ser víctima de aquellos buitres carnívoros, cuya sed de riquezas no tenía límites, y vendí todo mi patrimonio. Llevado de mi deseo de instruirme y de viajar, y con ánimo de establecer en Madrid una librería extranjera y española, me trasladé, á fin de aquel verano, á Santander, y desde allí me fui á París y Bruselas. Establecí relaciones con los principales editores y comisionados de las dos capitales, hice algunas compras y supe que la antigua librería extranjera de Denné, que estaba situada en la calle de Jardines, en Madrid, querían venderla. A mi regreso en principios de 1840, traté con la dueña, y nos convenimos fácilmente, por-que el entusiasmo allana todas las dificultades, y yo le tenía grande cuando se me presentaban en perspectiva muchos miles de volúmenes. Mi primera operación después de ser dueño de tan rico tesoro, que no hubiera cambiado entonces por las minas del Potosí, fue trasladar la librería á la calle de la Montera, núm. 12, cuarto principal, y poner en la muestra Denné, Hidalgo y compañía para indicar la procedencia, no porque nadie tuviera parte en ella sino yo.

Bien pronto conocí que la librería española necesitaba un periódico propio que la desarrollase en sus diversas ramificaciones, y fuera recogiendo en sus páginas los materiales que debían servir algún día para levantar un monumento digno de la bibliografía de nuestra nación; yo no había tenido libro en donde aprenderla, y me sonreía el generoso intento de formar uno que sirviera de enseñanza á los demás. Empecé, pues, en agosto de 1840, el Boletín Bibliográfico Español y Eranjero. No fue mal recibido por los aficionados y algunos pocos librerías, pero la mayoría de estos, de cortos alcances y estrechas miras, en vez de acogerle como al amigo y protector de sus intereses, le consideraron como importuno denunciador de sus supercherías, y le volvieron la espalda con desdén. Así y todo, recibí de los extranjeros varias felicitaciones; de mis compatriotas, ninguna. Parece que el genio español está reñido con la bibliografía.

En el año de 1840, 11 de diciembre, asocié para siempre mi suerte á la de doña Manuela García, natural de Poza, provincia de Burgos, é hija del contador de las salinas de aquella villa D. José García Fernández y de doña Faustina de Oca y Melo. La fortuna me halagaba con sus favores en mi nueva